

bre es empujado al crimen por la influencia irresistible del medio. He ahí precisamente su frase favorita.

—A propósito de crimen y de medio—dijo Porfirio dirigiéndose á Rascolnikof,—recuerdo un trabajo vuestro que me interesó vivamente; hablo de vuestro artículo: “Acerca del crimen”.... No puedo precisar cuál era el verdadero título de este artículo, que tuve el placer de leer, hace dos meses, en la “Palabra Periódica.”

—¿Mi artículo en la “Palabra Periódica?”—preguntó con sorpresa Rascolnikof.—En efecto, hace seis meses, al abandonar la Universidad, escribí un artículo acerca de un libro; pero lo llevé á la “Palabra Hebdomadaria,” y no á la “Palabra Periódica.”

—Y en ésta se publicó también.

—Por aquel entonces, la “Palabra Hebdomadaria” cesó de publicarse; he ahí por qué mi trabajo no salió en ella.

—Efectivamente; pero al cesar de publicarse, la “Palabra Hebdomadaria” convirtiéndose en la “Palabra Periódica.” He ahí explicado por qué vuestro artículo salió hace dos meses en éste último periódico. ¿No lo sabíais?

Rascolnikof lo ignoraba.

—Pues podéis ir á cobrarle.

—¿Y cómo supisteis que el artículo era mío? Lo firmé con una inicial.

—Lo supe, no hace mucho tiempo, casualmente. El redactor jefe, que es amigo mío, me lo dijo.... El artículo me había interesado vivamente.

—Examinaba, si mal no recuerdo, el estado psico-

lógico del culpable en el momento de cometer el crimen.

—Sí, y os proponíais demostrar que el criminal, en el momento de ejecutar su acto punible, es siempre un enfermo. Punto de vista originalísimo.... que no es, sin embargo, la parte que más me interesó de vuestro trabajo; lo que me llamó la atención, fué un pensamiento que se hallaba al final del artículo, y que, por desgracia, os limitasteis á indicar someramente... En una palabra, si os acordáis, dabais á entender que hay en el mundo hombres que pueden, ó por mejor decir, que tienen derecho absoluto á cometer toda clase de acciones culpables y criminales; hombres para los cuales, hasta cierto punto, no existe la ley.

Rascolnikof sonrió al oír esta pérfida interpretación de su pensamiento.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿El derecho al crimen? ¿No quiso más bien decir que el criminal es empujado al crimen por la influencia irresistible del medio?—preguntó Razumikin con cierta inquietud.

—No, no; no se trata de eso—respondió Porfirio.—En el artículo en cuestión, los hombres están divididos en “ordinarios” y “extraordinarios.” Los primeros deben vivir, en la obediencia, y no tienen derecho á violar la ley, por ser hombres ordinarios; los segundos tienen derecho á cometer todos los crímenes y á prescindir de todas las leyes, por aquello de ser hombres extraordinarios. ¿Es eso lo que decíais, ó me engaño?

—¡Cómo! ¡Eso no puede ser!—exclamó Razumikin, estupefacto.

Rascolnikof sonrió de nuevo. Había comprendido

que se trataba de arrancarle una declaración de principios, y recordando su artículo, no vaciló en explicarle.

—No es precisamente eso—comenzó sencilla y modestamente.—Aunque confieso, por otra parte, que habéis reproducido casi exactamente mi pensamiento; si lo deseáis, diré que lo habéis interpretado con exactitud....

Pronunció estas últimas palabras con cierto placer.

—Pero no he dicho, como vos me lo hacéis decir, que las personas extraordinarias estén absolutamente obligadas á cometer toda clase de acciones criminales. Hasta me parece que la censura no hubiera dejado pasar un artículo en tal sentido concebido. He aquí todo lo que buenamente manifesté: el hombre extraordinario tiene el derecho, no oficialmente, sino por sí mismo, de autorizar á su conciencia á franquear ciertos obstáculos, en el caso de exigirlo así la realización de su idea (que en ocasiones puede ser útil á todo el género humano). Pretendéis que mi artículo no estaba claro; voy á tratar de explicároslo; quizás me engañe al pensar que tal es vuestro deseo. En mi entender, si, por ciertas circunstancias, los inventos de Keplero y de Newton no hubieran podido darse á conocer sino mediante el sacrificio de una, de diez, de ciento ó de un número mayor de vidas que hubiesen sido obstáculo á dichos inventos, Newton habría tenido derecho, más aún, hubiérase visto obligado á “suprimir” esos diez, esos cien hombres, á fin de que sus descubrimientos fuesen conocidos del mundo entero. Esto, por otra parte, no quiere decir

que Newton tuviera derecho á asesinar á su gusto á no importa quién, ó á cometer robos á diario.

En los siguientes párrafos de mi artículo insisto, bien lo recuerdo, sobre la idea de que todos los legisladores y los guías de la humanidad, empezando por los más antiguos, para continuar por Licurgo, Solón, Mahoma, Napoleón, etc., que todos, sin excepción, fueron criminales, porque al dictar nuevas leyes, violaron las antiguas, fielmente observadas por la sociedad y transmitidas por los antecesores; seguramente que tampoco retrocedían ante la efusión de sangre, en cuanto comprendían que ésta podría serles útil. Es de notar, asimismo, que casi todos estos bienhechores y guías de la especie humana fueron terriblemente sanguinarios. Por consiguiente, no sólo todos los grandes hombres, sino todos los que se elevan, por poco que sea, sobre el nivel común, que son capaces de decir algo nuevo, deben, en virtud de su propia naturaleza, deben ser necesariamente criminales, más ó menos, se entiende. De otro modo, difícil les sería salir del montón; en cuanto á quedar en él confundidos, no pueden consentir en ello, y á mi entender, su deber se lo prohíbe.

En una palabra, ya veis que hasta aquí no hay nada de nuevo en mi artículo. Esto ha sido dicho é impreso mil veces. En cuanto á mi división de las personas en ordinarias y extraordinarias, reconozco que encierra alguna arbitrariedad; pero dejo á un lado la cuestión de las cifras de que hago uso. Sólo creo que, en el fondo de mi pensamiento, es justo. Viene á decir que la Naturaleza divide los hombres en dos categorías: una

inferior, la de los hombres ordinarios, especie de materiales cuya misión única es reproducir seres á ellos semejantes; otra superior, en la que se hallan comprendidos los hombres que poseen el don ó el talento de hacer oír en su medio una palabra nueva. Las subdivisiones son, naturalmente, innumerables; pero ambas categorías ofrecen rasgos distintivos bastante marcados. A la primera pertenecen, en general, los conservadores. Los hombres ordenados, que viven en la obediencia y que la aman. En mi concepto, hasta están obligados á obedecer, porque tal es su destino y porque la cosa nada tiene de humillante para ellos. El segundo grupo se compone exclusivamente de hombres que violan la ley y tienden, según sus medios, á violarla. Sus crímenes son, naturalmente, relativos y de una gravedad variable. La mayoría reclaman la destrucción de lo que existe, en nombre de lo que debe existir. Pero si, por su idea, deben verter sangre, avanzar por entre cadáveres, pueden, en conciencia, hacer lo uno y lo otro en interés de su idea—fijaos bien en esto.—He aquí en qué sentido mi artículo les reconoce el derecho al crimen. (Recordaréis que nuestro punto de partida fué una cuestión jurídica.) Por otra parte, no hay en esto motivo para inquietarse mucho.... casi nunca la masa les concede ese derecho; los decapita ó los ahorea (más ó menos), y de ese modo cumple justísimamente su misión conservadora, hasta el día, ciertamente, en que esa masa erija estatuas á los ajusticiados y las venere (más ó menos). El primer grupo es siempre el dueño del presente, el segundo lo es del porvenir. Uno conserva el mundo y multiplica

los habitantes; el otro hace el mundo moverse, y le conduce hacia el objetivo. Estos y aquéllos tienen absolutamente el mismo derecho á la existencia, y—¡viva la guerra eterna!—hasta la nueva Jerusalén, se entiende.

—Según eso, ¿creéis en la Jerusalén Nueva?

—Creo en ella.

—Y.... ¿creéis en Dios?

—Creo en él.

—Y.... ¿y en la resurrección de Lázaro?

—También. Pero ¿por qué me preguntáis todo eso?

—¿Creéis en ello literalmente?

—Literalmente.

—Dispensad que os haga estas preguntas, que para mí no carecen de interés. Pero permitid—volviendo á nuestro anterior motivo de conversación,—permitid que os diga que no siempre se les ejecuta; que hay algunos que, por el contrario.....

—¿Triunfan y viven? ¡Oh, sí! Ocurre con algunos; y en tal caso.....

—¿Ellos son los que entregan á los otros al suplicio?

—Si necesario se hace; y á decir verdad, éste es el caso más frecuente. En general, vuestra observación es justísima.

—Mil gracias. Pero decidme: ¿cómo se pueden distinguir los hombres extraordinarios de los ordinarios? ¿Tienen, desde que nacieron, ciertas señales? Creo que aquí hace falta más precisión, una limitación más aparente. Dispensad esta inquietud, natural en un hombre práctico y bien intencionado. ¿No podrían,

por ejemplo, vestir un traje especial, usar un emblema cualquiera? Porque, convenid en que si se produce una confusión, si un individuo de una categoría se figura que pertenece á otra, y se pone, según vuestra feliz expresión, á “suprimir todos los obstáculos”.....

—¡Oh, eso ocurre con frecuencia! Y esa observación es aún más fina que la primera.

—Gracias nuevamente.

—No hay de qué; pero pensad que el error sólo es posible en la primera categoría, es decir, en los que yo he llamado, inoportunamente quizás, hombres “ordinarios.” No obstante su tendencia innata á obedecer, muchos de ellos, á causa de un capricho de la Naturaleza, gustan de tomarse por hombres avanzados, por “destructores;” se creen los llamados á hacer oír una “palabra nueva” y la ilusión es en ellos sincera. Al propio tiempo, no saben convencer á los verdaderos innovadores; hasta los desprecian como á gentes atrasadas y sin alteza de miras. Pero, en mi concepto, no puede haber en eso un serio peligro, y no tenéis por qué inquietaros, porque nunca van lejos. Sin duda que en ocasiones debiera castigárseles por su extravío y volverles á su puesto; mas esto es todo, y aun para ello no es necesario molestar al verdugo: ellos mismos se aplican el correctivo, porque son gentes muy morales, que tan pronto se prestan un servicio como se zurrarán con sus propias manos.....

—Me habéis devuelto la tranquilidad, por esa parte al menos; pero otra cosa me inquieta; decidme: ¿hay muchas de esas gentes extraordinarias que tienen derecho á degollar á los demás?

—¡Oh, no os inquiete eso tampoco! En general, nace un número muy reducido de hombres con una idea nueva, ó sencillamente capaces de decir algo nuevo. Es evidente que la repartición de nacimientos en las diversas categorías y subdivisiones de la especie humana, debe ser estrictamente determinada por una ley de la Naturaleza. Esta ley nos es hoy desconocida, pero creo que existe y que más adelante podremos saber en qué consiste. Una enorme masa de gentes no están sobre la tierra sino para dar á luz, tras de largos y misteriosos cruzamientos de razas, un hombre que, entre mil, posea alguna independencia. Conforme aumenta el grado de ésta, no se habla más que de un hombre por cada diez mil, por cada cien mil (son éstas cifras aproximadas). Se cuenta un genio por muchos millones de individuos, y miles de millones de hombres pasan quizá por la tierra, antes de que surja una de esas inteligencias elevadas que remuevan la faz del mundo. Para concluir, diré que no he mirado dentro de la retorta en que todo esto se opera. Mas hay, y debe haber, una ley fija; el azar no puede aquí existir.

—Pero veamos, ¿bromeáis los dos?—exclamó Razumikin.—Os zarandeáis recíprocamente, ¿No es así?

Sin responderle, Rascolnikof volvió hacia él su rostro pálido y como apenado. Al mirar la triste fisonomía de su amigo, Razumikin encontró extraño el tono caústico, provocativo y descortés de Porfirio.

—Pues bien, querido, sí; en efecto, eso es serio.... Sin duda que tienes razón al decir que eso no es nuevo, y que se asemeja á lo que hemos leído y oído mil

veces; pero lo que hay de realmente original en todo eso, lo que en realidad no pertenece á nadie sino á ti, mucho siento decirlo, es ese derecho moral de verter sangre que concedes y que niegas, perdóname, con tanto fanatismo.... He ahí, por consiguiente, el pensamiento principal de tu artículo. Esta autorización moral de matar es, en mi concepto, algo muy espantoso—observó Porfirio.

—¡No; la expresión ha excedido á tu pensamiento; no es eso lo que has querido decir! Leeré tu artículo.... Al hablar, cualquiera se deja arrastrar.... ¡No puedes pensar eso!.... Leeré.

—Nada de eso encierra mi artículo; apenas he tocado á la cuestión—dijo Rascolnikof.

—Sí, sí—añadió Porfirio.—Ahora comprendo aproximadamente vuestro modo de mirar el crimen; pero excusad si insisto aún. Cuando un joven se imagine ser un Licurgo ó un Mahoma.... futuro, inútil decirlo, debe empezar por suprimir todos los obstáculos que le impidan cumplir su misión..... Y después procurará medios..... ¿adivináis de qué manera?

Al oír estas palabras, Zametof resopló en su rincón. Rascolnikof no le miró siquiera.

—Obligado me veo á reconocer—respondió tranquilamente—que tales casos pueden producirse. Son un lazo que el amor propio tiende á los vanidosos y á los necios, lazo en que los jóvenes, especialmente, se dejarán coger.

—Entonces.....

—¿Qué?—añadió riendo Rascolnikof.—Culpa mía no es. Eso se ve y se verá siempre. No ha mucho me

acusaba de autorizar el asesinato—prosiguió, mostrando á Razumikin.—¿Qué importa? ¿Es que la sociedad no está bastante protegida por las cárceles, los jueces de instrucción y las cadenas perpetuas? ¿A qué inquietarse, pues? ¡Búsquese al ladrón!

—¿Y si no se le encuentra?

—Peor para él.

—Sois lógico, al menos. Pero ¿qué le dirá su conciencia?

—¿Qué os importa á vos?

—Cuestión es que interesa al sentimiento humano.

—El que tiene conciencia, sufre al reconocer su yerro. Y ése es su castigo, independientemente del presidio.

—Según eso—preguntó, frunciendo el ceño, Razumikin,—los hombres de genio, los que tienen derecho á matar, ¿no deben sentir ningún sufrimiento, ni aun al verter sangre?

—¿Qué oficio hace aquí la palabra “deben?” El sufrimiento no les está permitido ni prohibido. Dueños son de sufrir, si su víctima les inspira piedad.... El sufrimiento delata una inteligencia amplia y un corazón noble. Los hombres verdaderamente grandes deben, en mi concepto, experimentar una inmensa tristeza en la tierra—añadió Rascolnikof, presa de súbita melancolía, que contrastaba con el tono de la anterior conversación.

Alzó los ojos, miró á los asistentes con aire soñador, sonrió y tomó su casquete.

Estaba demasiado tranquilo, comparada su actitud

con la que observara al entrar, y bien se hizo cargo de ello. Todos se levantaron.

Porfirio Petrovitch volvió de nuevo á la carga.

—Vaya, me insultéis ó no, os enfadéis ó no, como ello es más fuerte que yo, he de dirigiros una pregunta más. Me confunde verdaderamente obrar como lo hago..... Mas quiero comunicaros una pequeña idea que.....

—Oid, pues..... En verdad, no sé cómo explicarme..... Trátase de una idea extraña, psicológica.... Al componer vuestro artículo, es muy probable ¡je, je! que os consideréis uno de esos hombres "extraordinarios de que hablabais..... Vamos, ¿no es cierto?

—Muy posible es—respondió desdeñosamente Rascolnikof.

Razumikin hizo un movimiento.

—Si así fuese, bien para salir de apuros materiales, bien para hacer progresar á la humanidad, ¿no seríais capaz de franquear el obstáculo...de matar y robar, por ejemplo?

A la vez guiñaba el ojo izquierdo y reía en silencio, completamente igual que antes.

—Si estuviera decidido á eso, indudable es que no lo diría—replicó Rascolnikof, con acento de altanero desafío.

—Mi pregunta no tenía sino un objetivo de curiosidad literaria; os la había hecho á fin de mejor penetrar el sentido de vuestro artículo.....

—¡Oh, qué lazo más grosero! ¡Qué hilvanada malicia!—pensó Rascolnikof, apesadumbrado.

—Permitidme que os haga observar—respondió secamente—que no me creo ni un Mahoma, ni un Napoleón, ni otro personaje semejante; por lo tanto, no puedo informaros respecto á lo que haría si estuviera en su lugar.

—¡Vaya! ¿Quién es el que aquí, en Rusia, no se cree un Napoleón?—dijo con brusca familiaridad el juez de instrucción.

Esta vez, hasta en la entonación de su voz veíase un oculto pensamiento.

—¿No sería un futuro Napoleón quien asesinó, la semana pasada, á Alena Ivanovna?—dijo de repente, desde el rincón del aposento, Zametof.

Sin contestar, Rascolnikof clavó en Porfirio una mirada fija y penetrante. Contrajéronse las facciones de Razumikin. Desde hacía mucho tiempo parecía sospechar algo. Paseó en derredor una mirada llena de irritación. Hubo un momento de silencio sombrío. Rascolnikof se dispuso á salir.

—¡Os marcháis ya!—dijo Porfirio, tendiendo la mano al joven con extremada amabilidad.—Celebro haberos conocido. Y estad tranquilo en lo que á vuestro asunto respecta. Escribid en el sentido que os he indicado. O si no, venid vos mismo á verme..... uno de estos días.... mañana, por ejemplo. Estaré aquí, sin falta, á las once. Lo arreglaremos todo..... Hablaremos un poco..... Como sois uno de los últimos que fueron "allí," tal vez os fuera posible decirnos alguna cosa....—añadió con sencillez.

—¿Queréis interrogarme en toda regla?—preguntó con rudo tono Rascolnikof.

—¿Por qué no? Aun cuando no se trata de eso por el momento. No me habéis comprendido. Mirad: yo aproveché todas las ocasiones..... ya he hablado con cuantos allí tenían objetos..... habiendo recogido útiles datos de algunos de ellos. Y como vos sois el último..... ¡A propósito!—exclamó con súbita alegría.—¡Celebro acordarme de ello! ¡Y ya iba á olvidarlo otra vez! (Diciendo esto, volvíase hacia Razumikin.) Me aturdiste el otro día con hablarme de aquel Nikolachka..... Pues bien, estoy seguro, estoy convencido de su inocencia—prosiguió, dirigiéndose de nuevo á Rascolnikof.—Pero ¿qué hacer? También ha sido preciso inquietar á Mitka.... Pero he aquí lo que he de preguntaros: al subir la escalera..... permitid, ¿fué entre siete y ocho cuando entrasteis en la casa?

—Sí—respondió Rascolnikof.

Y al punto lamentó haber contestado de una manera que no debió responder.

—Pues bien, al subir la escalera, entre siete y ocho, ¿no visteis en el segundo piso, en un cuarto cuya puerta estaba abierta, ¿os acordáis? no visteis dos obreros, uno al menos? Pintaban la habitación. ¿No reparasteis en ellos? ¡Esto es para ellos importantísimo!.....

—¿Pintores? No, no los vi.....—respondió lentamente Rascolnikof, que parecía hacer memoria, y que durante un segundo tuvo en tensión todos los resortes de su espíritu, para descubrir lo antes posible el lazo que ocultaba la pregunta del juez de instrucción.—No, no los vi, ni aun podría decir si había ó no un cuarto abierto—continuó, feliz por haber apagado la me-

cha.—Pero recuerdo que en el cuarto piso, el empleado que vivía frente á Alena Ivanovna, disponíase á sacar de allí sus muebles... hasta me acuerdo de que en la escalera me encontré con unos soldados que bajaban un sofá.... pero no vi ningún pintor.... ni puerta alguna abierta. No, no vi nada de esto....

—Pero ¿qué estás diciendo?—gritó de pronto Razumikin, que hasta entonces había escuchado pareciendo reflexionar.—Los pintores trabajaban el día mismo ¿Por qué, pues, le preguntas eso?

—¡Toma! Es verdad, he confundido las fechas—exclamó Porfirio.—¡Lléveme el diablo! ¡Este asunto me hará perder el juicio!—añadió, á modo de excusa, dirigiéndose á Rascolnikof.—Es tan importante para nosotros el saber si alguien les vió en el cuarto entre siete y ocho, que, sin reflexionar, creí poder obtener de vos este dato aclarador..... ¡Había confundido los días!

—Pues necesario fuera fijarse un poquito más—refunfuñó Razumikin.

Estas palabras fueron dichas en la antesala; Porfirio acompañaba amablemente á sus visitantes hasta la puerta. Estos estaban sombríos y lúgubres cuando salieron de la casa, y dieron bastantes pasos sin hablar. Rascolnikof respiraba como un hombre que acaba de pasar por una prueba penosa.